

La mirada del escucha.

Oído, vista y tacto; la otra convergencia en la Era digital¹

Antonio Tenorio

1. Qué y quién está ahí

He titulado a esta charla: La mirada del escucha. Oído, vista y tacto en la Era Digital. A propósito de escuchar, y antes de iniciar, permítanme, o mejor dicho, acompañenme con su mirada y escucha a disfrutar el siguiente video. Es muy breve. Dura menos de 50 segundos. Quizá lo conozcan.

<https://youtu.be/PXLenUeGX3w>

Sin quererlo, Thalía, cuyo nombre proviene de una de las musas en el mundo de la Grecia clásica, ha resumido en menos de un minuto una buena parte de aquello de lo que intentará tratar esta charla en el tiempo que le queda.

El video sintetiza, juega, entrelaza las dos grandes partes de las que está hecha esta plática. Por un lado, pone de relieve que los seres humanos estamos hechos de sentidos. Escuchamos, miramos, tocamos, olfateamos y saboreamos.

No solo somos seres que piensan. No solo somos seres que imaginan o que sueñan, fisiológicamente hablando. Somos seres sintientes, si podemos decirlo así. Estamos en el mundo a través de los sentidos. Mas, a través de ellos, el mundo también existe para cada uno de nosotros.

¹ Conferencia leída en el marco de Broadcast México, el 08 de noviembre de 2018.

Los sentidos, pues, nos permite saber estamos en el mundo, nos posibilitan conocer el mundo y, por si fuera poco, son el puente que nos une a los demás. Los otros nos reconocen por nuestro timbre de voz, porque reconocen nuestra cara cuando nos ven o nos guardan en la memoria, para bien o para mal, por nuestro aroma o la textura de nuestra piel.

Escuchar es sentir, tanto como lo es mirar, palpar, degustar u oler. Y porque sentimos otros pueden sentirnos a nosotros. Y cada uno puede sentir lo que le rodea.

El mundo es un majar para los sentidos, ha dicho la historiadora norteamericana Diane Ackerman, en un libro fascinante dedicado justamente a los sentidos.

Thalía, nuestra Thalía, pone a la luz el otro gran asunto al que quiere referirse esta charla. El suyo es un video, grabado por ella misma, seguramente en un smartphone, que luego no sabe cómo apagar. Hablar de la Era digital nos conduce de modo inevitable a subrayar como una característica de esta época, quizá la característica más importante, a los usuarios como los principales productores de contenidos.

A diferencia de videos producidos profesionalmente, con un gran despliegue de iluminación, esmerado trabajo de edición, maquillaje, etc., este video tiene la “frescura”, llamémosle de esa manera, de capturar un momento espontáneo de la cantante. Tan espontáneo que termina por ser chusco, por ser gracioso.

Y he aquí un segundo elemento clave para entender por qué la Era digital es un cambio de época y no solamente el cambio de aparatos con el que se producen las cosas.

Enumero tres elementos entrecruzados en lo que llamamos la viralización de este pequeño video sin producción, o al menos, sin los modos costosos y sofisticados de la producción profesional, tres elementos, decía:

1. La facilidad con la que los propios usuarios producen o modifican contenidos; 2. La rapidez con la que esos contenidos se pueden compartir; y, 3. La cantidad cada vez mayor de potentes aparatos portables en cada vez un mayor número de usuarios.

Ahí está pues. Sentidos y tecnología, particularmente la tecnología que tiene que ver con las TICs, porque hay que recordar que la relación de lo humano con lo tecnológico no es de ahora, sino que está vinculado con la propia relación que lo humano ha tenido con la naturaleza.

Bajo esa idea, bien podríamos decir que la tecnología nace en el momento en que los seres humanos primitivos fueron capaces de dominar el fuego. Y fueron capaces, con ello, de mirar en la oscuridad, hacer sentir a su cuerpo calor en el frío, escuchar el crujir de la madera, degustar carne cocida.

Una historia de los sentidos humanos sería al mismo tiempo una historia de la tecnología. El papel que las herramientas han jugado en la manera cómo se ha transformado el uso e idea de los sentidos, de la jerarquía e interrelación que guardan, es innegable.

Entrelazados de manera natural en el cuerpo humano, escuchar, empero, es entre los cinco sentidos, el primero que se desarrolla, aún antes del nacimiento.

La escucha es una capacidad fundamental en la relación con la naturaleza. Como lo es como fundamento de la relación con los otros. Escuchar es conocer. Escuchar es reconocer.

2. En el principio el mito

No voy a regresar a Thalía. Pero sí a los griegos. Porque con ellos inician muchas de las concepciones que aún hoy en día reproducimos sin darnos cuenta.

Escuchar es conocer. Escuchar es reconocer, he dicho antes. Y si bien, los marineros que pasaban cerca de las costas donde descansaban las sirenas, primero las miraban, era a través de la escucha como caían rendidos ante sus encantos.

Resulta ilustrativo que sea el oído y no la vista lo que pierda a los marineros frente a esos seres capaces de hacerles perder el juicio. Podían verlas, pero no escucharlas.

Bien conocido es la parte del viaje de los Argonautas, en la que al pasar al lado de las sirenas, Ulises, el mismo indomable y valiente soldado que participa en la Guerra de Troya, se amarra al mástil de la nave y se coloca cera en los oídos con tal de no escuchar el canto mágico de las sirenas.

A su lado, va otro personaje notable para el mundo griego, Orfeo, el inventor de la lira, que después se convertiría en la guitarra, y el más grande poeta según los

historiadores de ese mundo en la frontera entre la realidad y el mito. Si Ulises se amarra al mástil para no escuchar, Orfeo toma su lira y canta lo más fuerte que puede para así neutralizar el canto de las mujeres que quieren hechizarlos.

Al final, a ambos los salva no escuchar “el canto de las sirenas”, expresión que hasta el día se usa cuando queremos advertirle a alguien que no se deje llevar por algo que probablemente no es real o que puede ser efímero.

Mas, si a Ulises y Orfeo los salva no escuchar, a Colón, sí, Cristóbal Colón, lo salva exactamente lo contrario: haber escuchado.

En otra historia que entrecruza el mirar con el escuchar, tratemos de imaginar por un segundo lo que fue oír, finalmente y al borde de la desesperación, para Colón el famoso grito: ¡Tierra a la vista! Justo cuando parecía que no habría manera de evitar un motín por parte de los marineros y con él la muerte del famoso navegante genovés.

Gracias al diario de Colón sabemos que el marinero que primero avistó tierras americanas se llamaba Rodrigo de Triana, que era su primer viaje y que a eso de las dos de la mañana, desde la parte más alta de una de las carabelas dio el aviso que le salvaría la vida a su capitán y cambiaría para siempre la historia de la humanidad. Escribe Colón:

11 de octubre del año de 1492, dijo Rodrigo de Triana: "Tierra, tierra", a cuya tan dulce palabra acudieron todos a ver si decía verdad; y como la vieron, comenzaron (a rezar) hincados de rodillas y llorando de placer. Hicieron señal a los otros

compañeros para que se alegrasen y diesen gracias a Dios, que les había mostrado lo que tanto deseaban.

Es bien sabido que de no haber ocurrido los avances tecnológicos que se registraron en la brújula y otros instrumentos de navegación, así como en la propia construcción de los navíos, difícilmente el destino de aquella expedición hubiese sido exitoso.

Pero vuelve a ser el elemento humano, ligado a la tecnología, sí, pero humano finalmente, y el uso de los sentidos, la manera de entrelazarlos, lo que resulta fundamental. Mirar y escuchar en la historia de Colón, se vuelven una forma del reconocimiento.

En las dos historias que he contado mirar y escuchar están colocados en un orden distinto. En el mito de las sirenas, primero ven y luego (no) escuchan. En la de Colón, es al revés, primero escuchan y luego corren a ver. En cualquier caso, está claro que conocemos y reconocemos a través de los sentidos y de la manera en que éstos se entrelazan.

Hago un último comentario antes de pasar a la siguiente parte de la charla. A propósito de esta relación entre vista y escucha, es muy probable que si yo ahora hiciera un ejercicio imaginario en donde, frente a una situación límite, tuviera que elegir, sí o sí, qué sentido perder entre la vista y la escucha, es muy probable que la mayoría optase por perder el oído. Ya no escucharían a Thalía, pero la seguirían viendo. Quizá ese sería su razonamiento.

Déjenme leerles lo que al respecto de ese dilema imaginario entre perder la vista o perder el oído, escribió alguna vez Hellen Keller, quien tal vez sepan, nació ciega y sorda. Dice Keller:

Soy tan sorda como ciega. Los problemas de la sordera son más profundos y complejos, si no más importantes que los de la ceguera. La sordera es una desgracia mucho peor, pues significa la pérdida del estímulo más vital: el sonido de la voz que trae el lenguaje, expresa los pensamientos y nos mantiene en la compañía intelectual del hombre.

(...) Si volviera a vivir, haría mucho más de lo que he hecho por los sordos. He llegado a la conclusión de que la sordera incapacita mucho más que a ceguera...

Siguiendo a Hellen Keller, dediquemos unos minutos a compartir el valor y significado de la escucha en nuestro tiempo.

3. El oído

En la era de las pantallas y los estímulos visuales por todas partes, bien vale la pena recordar que el primer sentido humano que se forma en el vientre es el oído. Hacia la semana 20, todo ser humano es capaz de escuchar el corazón de su madre, su primera canción de cuna, si podemos decirlo así, para la semana 25 el oído ha madurado por completo y desde el vientre comienza a conocerse el mundo a través de las voces y sonidos que proviene del exterior.

Así, la primera textura del mundo que somos capaces de palpar no es ni con las manos, ni con la nariz ni con los ojos ni con la lengua, es a través de nuestra capacidad para escuchar.

Esta idea ha inspirado a uno de los mejores escritores de nuestra época, el inglés Ian McEwan a escribir una versión de Hamlet, cuya trama coloca al príncipe danés en el vientre de su madre, quien urde la traición al lado del hermano del padre de Hamlet.

Sí, tal como Disney construyó el Rey León. Solo que en el caso de McEwan, Hamlet es un feto, un no nato, un ser que desde la escucha y nada más que la escucha, se entera de todo lo que ocurre afuera sin poder evitarlo. Novela genial que lleva por título: Cáscara de nuez.

Un elemento que tal vez explique porque Hellen Keller pone da mayor valor a escuchar que a ver, es resaltado por el filósofo francés Jena Luc Nancy cuando dice que mientras el orden visual tiende a concentrarse en la forma, a compactar para poder descifrar, el orden de la escucha se expande por el aire, al mismo tiempo que expande nuestra sensación de comprensión de ese mundo.

Lo sonoro, dice Nancy, da amplitud, ensancha y da espesor, transforma la forma, el mensaje, en una ondulación en una vibración que se va extendiendo a través del espacio. De la misma manera que ocurre con mi voz, en este mismo instante en este auditorio.

Lo sonoro hace que el mundo resuene en nosotros, dentro de nosotros, lo sonoro ocurre dentro de quien escucha, y en esa medida, pone en movimiento todos los

demás sentidos. Al escuchar, un sujeto se siente, y al sentirse construye una noción de un sí mismo que la visión, que está fuera de él no logra, dice Nancy.

Lo cito: “El sonido...es un presente como ola en una marea, y no como punto sobre una línea; es un tiempo que se abre, se ahonda y se ensancha o se ramifica, que envuelve y separa...(Lo) sonoro tiene que ver desde el inicio con un espacio tiempo que es el suyo...Escuchar es ingresar a la espacialidad que, al mismo tiempo, me penetra; pues ella se abre a mí tanto como en torno a mí, y desde mí tanto como hacia mí...Estar a la escucha es estar al *mismo tiempo* afuera y adentro, estar abierto *desde* afuera y *desde* adentro...” (32-33).

Ya decía, al principio de esta charla, que la condición humana pasa por reconocer el mundo y reconocernos nosotros mismos como seres sensibles. Una cavidad de un centímetro de largo y medio centímetro de ancho que atrapa las ondas del sonido, nos hace recordar, día con día, que las palabras sensible, sensibilidad, sentidos provienen del latín *sentire*= sentir, y del indoeuropeo *sent*=dirigirse a, ir a; de ahí que sea tan común decir, cuando se nos activa un sentido, que nos está haciendo ir mentalmente a un recuerdo, un antojo, una asociación, un deseo.

Los sentidos son así no sólo el principio y el fin de los límites de nuestra conciencia, sino también la base de esa cualidad radicalmente humana que es la capacidad para imaginar.

4. El teléfono

En una anécdota que entrelaza como pocas la manera en que la historia de los sentidos es también la historia de la tecnología, cuenta Michel Serres, lo siguiente sobre los primeros teléfonos que se instalaron a principios de siglo XX en París.

Aunque en nuestra época, la era digital, el teléfono, me refiero al aparato, no a la tecnología de comunicación, sirve para muchas más cosas que hablar por teléfono, seguimos pensando a este invento ligado a un hecho que no deja de ser sorprendente: hablar con alguien y escuchar, de modo simultáneo, a alguien que no está en el mismo lugar que nosotros.

Serres cuenta sin embargo, que la introducción de los teléfonos en el París de fines del siglo XIX no tuvo que ver con este afán de hacer presente una ausencia, o de comunicar a dos personas, sino con lo que tiempo después haría la radio: transmitir la ópera sin que las señoras, especialmente las señoras, tuvieran que salir de su casa. Sin embargo, al artefacto pronto se le encontraron otros usos, otros destinatarios y otros lugares donde colocarlos que no fuera en la sala de las amplias casas burguesas del París de aquella época.

En lo que Michel Serres narra como uno de los ejemplos más claros sobre cómo una tecnología puede ir más allá de los usos que fueron previstos al ser inventado, la historia del teléfono trajo una verdadera batalla librada por parte de celosos maridos que, de pronto, escandalizados descubrieron que las delicadas damas para las que habían instalado un teléfono en la sala, había conseguido trasladar el aparato a sus cuartos en donde, después, antes o en lugar de oír ópera, podían hablar en secreto con sus amantes. La lucha por prohibir el nuevo invento que llevaron adelante muy poderosos señores fracasó, como es de imaginar.

5. Final entrelazar

Ningún artefacto tecnológico representa de manera tan clara el triunfo de la Era digital como el teléfono. Cualquier cosa que hoy sea un teléfono. De hecho, el que lo sigamos llamando con un nombre que ya no lo representa o que se queda corto frente a todo lo que es, refleja muy bien una de las características de la época: el cambio ha sido tan rápido, que las cosas se transformaron mucho antes que las palabras para denominarlas.

Seguimos llamando televisión, porque hay que llamarle de alguna manera, a Netflix o Prime Video de Amazon; llamamos Radio a la transmisión continua de música o decimos que la imagen con noticias que aparece en la pantalla es el diario o el libro que estamos leyendo; hablar por teléfono a grabar mensajes de voz en whatsapp, etcétera.

Los artefactos tienen su propia historia. Y en esa historia está la de los usos inesperados o imprevistos, como les llama Michel Serres. Cuando ello pasa, no es raro que quienes los concibieron originalmente y les asignaron ciertas funciones, digamos, restringidas, pasen a un segundo plano o sea olvidados. Hoy, quizá, el teléfono portátil sea el mayor ejemplo, en toda la historia de la humanidad, de un objeto que, en el menor tiempo, ha superado de manera abrumadora sus posibilidades de uso, es decir, todo para lo que sirve, con relación a cómo y para qué fue concebido. Eso es parte de lo que nos maravilla de ellos, sin duda.

¿Cambian los sentidos cuando cambia la tecnología? Sí y no, eso está claro. No cambian en cuanto a sus funciones o estructuras básicas. Aunque sí hay

alteraciones. O cambios, para decirlo con más suavidad. Como las nuevas y cada vez más propagadas lesiones en tendones de las manos por el uso excesivo de los celulares. O, en otro caso, las modificaciones que están ocurriendo a nivel de cierto tipo de conexiones de redes neuronales relacionada con la actividad multipantalla e incluso con el uso de audífonos para escuchar música durante horas.

De tal forma que los cambios tecnológicos alteran los sentidos, pero está claro que estos cambios son infinitamente más lentos que los propios cambios en los aparatos o en sus posibilidades.

En lo que sí la transformación puede ser casi tan veloz como los cambios tecnológicos mismos, es en la valoración social que cada época da a los sentidos.

Voy a poner un ejemplo referente a esta época que resultará polémico, lo hago con toda intención y en el camino hacia el final de la charla. Hoy hay muchas personas que se manifiestan a favor del libro impreso por encima del libro electrónico. Muy su derecho. Eso no lo voy a discutir. De hecho yo pienso que uno no excluye al otro. Pero en todo caso, sobre lo que quiero poner atención es sobre uno de los argumentos favoritos de quienes dicen amar los libros impresos y detestar los electrónicos: la textura del papel.

Claro que la sensación táctil entre una pantalla y una hoja de papel es distinta. Ese no es el punto. Como tampoco lo es que a cada quien le gusta lo que le gusta. El asunto que me sorprende es que no se haya reparado es en que ha sido la era digital y sus pantallas, sus posibilidades táctiles, las que han puesto en el centro y han revalorado el sentido del tacto. En otras palabras, quienes optan por los libros

impresos y anhelan la desaparición de los electrónicos, deben a la era que los creó el que hayamos redescubierto lo que significa tocar.

En el caso de lo sonoro, no es distinto. Puede ser que la radio tradicional, altamente demandante de inmovilidad y largas duraciones, vaya a la baja. Pero para nadie es un secreto que el consumo bajo demanda, así como todo cuanto significa la irrupción de Spotify, ha modificado no solo los hábitos de relación con el sonido, sino que lo ha recolocado frente a lo que se consideraba el reino intocable de la imagen.

Los sentidos no son, para usar un término que usa Serres para hablar de los artefactos tecnológicos, un producto de sociedad, pero su significado, el lugar que ocupan, las formas en que se entrelazan y los aparatos en los que se despliegan, sí, en definitiva.

Es difícil saber si Thalía, nuestra Thalía, no la musa griega, es tan *feliz feliz feliz* como dice en su video. Lo que es absolutamente innegable, sin embargo, es que cuando relaciona su: *¿me escuchan?*, con el: *¿me sienten?*, atina por completo. Escuchar es una forma de conocer y de reconocer, comencé diciendo. A estas alturas de la charla podemos agregar de manera clara que escuchar no solo es una forma de conocer y reconocer, sino sobre todas las cosas es una manera de reconocer-se.

En las insufribles grandes ciudades, las de los trayectos infinitos, las del cansancio atroz o el bombardeo incesante del mundo exterior, los individuos se protegen, se guardan, se reencuentran consigo mismos colocando su interior en posición de

escucha. Intuitiva o genialmente, Spotify fue capaz de acertar al expresar algo que todos sabíamos: escuchar es un estado, un estado de ánimo, un estado de ánimo, es decir, del alma.

La era digital ha encontrado en la desaparición de ciertos objetos una de sus características más distintivas. Si queremos plantearlo de un modo menos dramático no hablemos de desaparición, sino de comprensión, de concentración. No han desaparecido las cintas métricas o las linternas o los despertadores, se han concentrado en algo que seguimos llamando teléfono.

La era digital le ha otorgado al teléfono un lugar privilegiado. En él convergen tres de los cinco sentidos humanos: oído, tacto, vista. Al mismo tiempo, el teléfono es un objeto en el que están contenidos cada vez más objetos, que alguna vez existieron por separado.

Ninguna herramienta, quizá, como el teléfono concentra de mejor manera el optimismo de la era tecnológica y su desarrollo vertiginoso. Detrás de ello, sin embargo, asoma una pregunta ineludible: ¿Corresponderá al triunfo del mundo sin objetos, la presencia de los cuerpos sin sentidos?

¿Qué nos depara en relación con los sentidos esta comprensión o desaparición de objetos que antes poblaron el mundo de la sensorialidad como objetos reales, permítanme llamarlos así?

¿Estamos condenados a que así como desaparecen o se comprimen muchos objetos en uno solo, así también nuestros sentidos, nuestra sensorialidad se comprimirá? Mi hipótesis y lo que veo día a día es que no. ¿Desplegaremos una

sensorialidad distinta a la que acompañó el mundo hasta antes de lo digital? Sí, radicalmente sí.

En esos pequeños artefactos, cada vez más potentes, cada vez más ligeros, cada vez en manos de más, a los que llamamos celulares, la Era digital ha desplegado un espacio en el que convergen tres sentidos: el tacto, la vista y, de manera especialísima, digo yo, la escucha. Oídos que miran y tocan.

Y si respecto al mundo que nos rodea, los sentidos son, en palabras de Diane Ackerman, las fronteras de la conciencia, queda hoy de manifiesto, que para el mundo actual, por lo que toca a la experiencia interior de los sujetos, los sentidos se abren a un nuevo tipo de convergencia en la que lejos de estar representada la frontera de la conciencia, sus posibilidades de ser y encontrarse consigo mismo son infinitas.

Una experiencia de quién es uno mismo y cuál es alcance de su interior, concentrada e infinita, por más contradictorio que parezca.

Muchas gracias